DIABLO IV
SEASON of WITCHCRAFT
Las siete novias de la sierpe
UN RELATO CORTO DE
DAVID A. RODRIGUEZ

Historia
DAVID A. RODRIGUEZ

Ilustraciones
GARY LAIB

Edición
CHLOE FRABONI

Diseño y dirección de arte
COREY PETERSCHMIDT

Asesoría de universo
IAN LANDA-BEAVERS

Asesoría creativa
MATT BURNS, BEN CHANEY, NICK CHILANO,
DAVID LOMELI

Producción
BRIANNE MESSINA, CARLOS RENTA,
TAKAYUKI SHIMBO, VALERIE STONE

Agradecimientos especiales
ROD FERGUSSON, RAFAEL TELLO

Localización
TK ÁLEX NIELSEN,
MANUEL MATA ÁLVAREZ-SANTULLANO

Blizzard.com
© 2025 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en EE. UU. u otros países.
Publicado por Blizzard Entertainment.
Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o artista o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es mera coincidencia.
Blizzard Entertainment no controla y no asume responsabilidad alguna de los sitios web del autor o de terceros, ni de su contenido.

Las siete novias de la sierpe

"*Para ejercer la libertad, hace falta poder».*

Las palabras susurradas resonaron en la mente de Belith mientras el resto de los pensamientos y recuerdos se desvanecían. Estaba agotada hasta la extenuación, pero no podía descansar. Todavía no. Quería llegar hasta el final. Tenía las manos empapadas de sangre, aunque las marcas de los arañazos en sus brazos y piernas eran superficiales. Cuando el cuchillo llegó hasta ella, parecía teñido de un rojo carmesí. Mientras se retorcía de nuevo entre sus manos, hambriento e insaciable, apoyó la espalda en la carne del gran árbol.

«¿Carne? ¿Esto es carne?». La madera bajo la fina tela de su camisón era coriácea y rugosa, pero seguía pareciendo una corteza. Y luego estaba ese *pulso*. Ese zumbido lento y constante que parecía resonar desde el interior de la madera y palpitaba de manera rítmica contra su espalda. ¿O eran los latidos de las mujeres que yacían ante ella, sincronizados de forma imposible, más audibles con cada pulso que succionaba la vida de sus cuerpos?

Miró a sus compañeras de nuevo. En el cielo se veía la luna casi llena de la primavera. Proyectaba su lóbrega luz sobre las mujeres tendidas bajo las ramas desnudas del árbol antiguo, haciendo que sus cuerpos blanquecinos brillaran con una leve incandescencia. La escena era etérea; sus débiles jadeos exhalaban vapor

en el frío de la noche. Habrían sido un sacrificio hermoso para la ceremonia de mañana por la noche de no haber sido por Belith... y sus planes.

Belith tenía nueve años cuando presenció su primer sacrificio. Siete doncellas vestidas con ropas de novia caminaron descalzas hacia el patio de la gran mansión de los tres caudillos. La muchedumbre allí reunida, en la que se encontraba Belith, miraba extasiada mientras las siete novias cruzaban las cristalinas aguas en la linde del pueblo. Las aguas del manantial eran cristalinas y frescas, y alimentaba los pantanos circundantes con sinuosos afluentes. Los canales habrían tenido que ser demasiado estrechos para que los atravesara la gran sierpe, pero, sin duda alguna, aparecería para llevarse la ofrenda. O, al menos..., eso era lo que le había dicho su madre. El sacrificio era demasiado peligroso como para que lo presenciara nadie del pueblo. Sus líderes —tres caudillos poderosos, eternos e inmortales que los habían llevado hasta el pantano mucho tiempo atrás— eran los únicos que habían presidido la ceremonia. Pero los restos harapientos de los vestidos blancos de las novias, ahora salpicados de sangre, eran pruebas más que suficientes. El día siguiente, los caudillos regresaron al pueblo con las buenas nuevas: la gran sierpe se había retirado de nuevo hacia el pantano para sumirse una vez más en su letargo. Las siete novias habían regalado al pueblo siete primaveras más de abundancia... a costa de sus vidas.

Hacía mucho tiempo que se habían resignado a entregar a sus hijas cada siete años. El resto de los días, la gente vivía rodeada de grandes lujos y seguridad. La gran sierpe nunca los había amenazado, y sus tierras estaban protegidas por los pantanos circundantes. Belith pensó que era casi comprensible que el pueblo permitiese esta monstruosidad, aunque no del todo perdonable. Ninguna mujer del pueblo, ella incluida, había crecido libre de caer víctima del siguiente sacrificio.

Cuando se anunciaron los nombres de las sacrificadas de este año, la guardia personal de los caudillos fue a buscar a cada una de las siete jóvenes a sus casas, acompañada por el viejo sargento. Habían reunido y encerrado a las mujeres en una pequeña cabaña junto a las aguas donde las ofrecerían a la gran sierpe a la noche siguiente. Solo había un guardia apostado. Tras generaciones de sacrificios

EL DÍA SIGUIENTE, LOS CAUDILLOS REGRESARON AL PUEBLO CON LAS BUENAS NUEVAS: LA GRAN SIERPE SE HABÍA RETIRADO DE NUEVO HACIA EL PANTANO PARA SUMIRSE UNA VEZ MÁS EN SU LETARGO. LAS SIETE NOVIAS HABÍAN REGALADO AL PUEBLO SIETE PRIMAVERAS MÁS DE ABUNDANCIA... A COSTA DE SUS VIDAS.

y adoctrinamiento, la mera idea de resistirse era risible. Los caudillos asumían que todo el mundo obedecería.

Era una asunción que aprovechó Belith cuando clavó el cuchillo de cocina de su madre en la nuca del guardia. Los sonidos ahogados y los gorgoteos que profirió mientras el resto de las novias lo arrastraban adentro no duraron mucho. Tras convencer a las demás de su plan, Belith les había garantizado que el cambio de guardia no se produciría hasta la mañana siguiente.

Se equivocaba.

No hacía ni dos horas que las novias se habían marchado cuando las alcanzó una partida de búsqueda. Estaban agotadas tras marchar penosamente entre zarzas que les arañaban la piel y sobre fango que se tragaba sus pies. Era como si el mismísimo pantano intentase cortarles el paso. El grupo encontró refugio bajo un enorme árbol sin hojas, pero ya se habían resignado a volver al cautiverio. Las siete novias se dejaron caer al suelo y sollozaron de frustración sobre el lodo. Su estrategia había fracasado. *Belith* había fracasado.

En ese momento llegaron los susurros.

«Para ejercer la libertad, hace falta poder...».

Las siete mujeres, sobresaltadas por los susurros, se sobrepusieron a su fatiga y miraron a su alrededor en busca del origen. No había nadie a la vista, pero una legión de voces parecía llegar de todas partes y de ninguna a la vez.

—¡Muéstrate! —dijo una de las novias.

Belith se acercó a las demás con su única arma, el cuchillo, en la mano.

«Toma una decisión... o se tomará por ti».

Belith se volvió y miró hacia arriba. Ahora estaba segura. Los susurros provenían del árbol, de cuyas ramas colgaban decenas de cabezas. Reconoció una de ellas. Era la de Skaylaya. O... lo había sido. Fue una especie de niñera de Belith cuando esta era pequeña y se ocupaba de ella cuando su madre se marchaba al pueblo. La habían elegido para el sacrificio siete años antes.

La cabeza cercenada de Skaylaya colgaba de una especie de vid marchita del árbol. Su trenza, antaño gruesa y de un pelirrojo dorado, era ahora una tira

quebradiza de color cobrizo. No tenía ojos, y sus cuencas oscurecidas rodeadas de arrugas transmitían un conocimiento terrible. La piel quebradiza de su pálido rostro tenía una boca flácida que repetía aquellas palabras:

«Para ejercer la libertad, hace falta poder».

En ese momento, la comprensión anegó a Belith como una cuidadosa oleada mientras se acercaba el ruido del grupo que las buscaba. Muchas de las cabezas del árbol habían pertenecido a mujeres jóvenes.

Mujeres de su aldea.

Novias de la gran sierpe.

Belith contuvo la respiración mientras miraba fijamente los ojos vacíos de la mujer muerta que había sido Skaylaya.

—No temáis —susurró la cabeza de la joven.

—Compartiremos nuestro conocimiento —dijo otra.

—Y gracias a él dispondréis de poder y de libertad.

—Otorgadnos vuestra esencia vital y entregaos al servicio del árbol.

—O volved al pueblo...

—Y uníos a vuestras hermanas en este árbol al alba.

Belith vio la verdad... y las demás novias también. Los caudillos no controlaban a la sierpe. Estaban alimentado a este árbol con las mujeres del pueblo, le entregaban su esencia vital a cambio de... ¿qué? ¿Poder? ¿Inmortalidad? ¿Existía de veras la sierpe?

A Belith se le hizo un nudo en la garganta mientras miraba al resto de las mujeres tratando de contener las lágrimas. Sabía lo que debían hacer. Los caudillos habían mentido al pueblo durante generaciones, pero... ¿podían confiar en el árbol? Y el precio...

Era demasiado alto. Las mujeres la estaban mirando en busca de respuestas, de una guía. Las había convencido para escapar y desafiar a los caudillos. Si no actuaba pronto, sus perseguidores llegarían al pantano, y se reiniciaría al terrorífico ciclo de muerte. Los caudillos estaban acostumbrados a lidiar con este tipo de cuestiones, pero la vida de Belith no la había preparado para tales decisiones.

La cabeza le daba vueltas. Notaba sobre ella todas las miradas, tanto las de las cabezas como de las novias. Todas le exigían respuestas. Le exigían *más*. Pero todas las posibles decisiones desembocaban en sangre y sacrificios. Sangre y...

Observó el cuchillo que esgrimía, manchado aún con la sangre carmesí del guardia. Cuando lo robó, no sabía aún lo que iba a hacer, pero lo que tenía claro era que se negaba a caminar dócilmente hacia su muerte. Solo había hecho falta un momento de desafío, un instante para tomar una decisión por sí sola después de que se las hubieran arrebatado todas. Un momento para ser *libre.*

—Escuchadme —dijo con un gruñido, obligando a las palabras a salir del nudo de su garganta—. Si nos atrapan, mañana vamos a morir. Primero nos harán pagar por lo que hemos hecho. Y después nos exhibirán por el pueblo como si fuéramos ganado, nos llevarán hasta las aguas y finalmente se regocijarán mientras nos sacrifican. —Señaló las cabezas del árbol—. Estáis viendo adónde lleva ese camino y qué es lo que de verdad les sucede a las novias de la sierpe.

»Sí, este árbol nos hace promesas de poder —dijo mientras las miraba una a una—... de libertad, pero yo no os puedo prometer eso. No sé lo que ocurrirá si aceptamos este trato. Puede que muramos en este pantano.

»Pero yo prefiero morir aquí, rodeada de fango, por mi cuenta, por decisión propia y a vuestro lado, hermanas, que al servicio de esos embusteros malnacidos.

Su voz era serena, pero las palabras transmitían seguridad y una voluntad férrea.

—Yo ya he tomado una decisión —dijo Belith—. Ahora debéis hacerlo vosotras.

Hubo unos instantes de silencio mientras las mujeres se miraban. De repente, y sin mediar palabra, formaron un círculo alrededor de la base del árbol, con Belith a un extremo. La mujer que tenía a su derecha —Belith creía recordar que se llamaba Deno— le cogió el cuchillo de la mano e inspiró profundamente antes de ponerse a asestar tajos rápidamente. Mientras Belith las observaba como sumida en un trance hipnótico, las mujeres se turnaron usando la daga para salpicar su esencia vital sobre las hambrientas raíces del árbol. Belith sabía que debía ser la que atestiguara todo aquello. Debía ser la última para cerciorarse de que no había sido en vano.

Debía comprobar que el árbol cumplía su promesa.

OBSERVÓ EL CUCHILLO QUE ESGRIMÍA, MANCHADO AÚN CON LA SANGRE CARMESÍ DEL GUARDIA. CUANDO LO ROBÓ, NO SABÍA AÚN LO QUE IBA A HACER, PERO LO QUE TENÍA CLARO ERA QUE SE NEGABA A CAMINAR DÓCILMENTE HACIA SU MUERTE. SOLO HABÍA HECHO FALTA UN MOMENTO DE DESAFÍO, UN INSTANTE PARA TOMAR UNA DECISIÓN POR SÍ SOLA DESPUÉS DE QUE SE LAS HUBIERAN ARREBATADO TODAS.

El viejo sargento se detuvo al oír que un grito agudo atravesaba la noche como una lanza. Los cuatro hombres que lo seguían estaban bien entrenados y pararon de inmediato. Se volvieron, alerta y en busca de peligros, mientras ponían las manos en las empuñaduras de sus armas. El viejo sargento escuchó unos instantes mientras se llevaba la mano a la cara para rascarse unas cicatrices que iban desde debajo de su coselete de cuero hasta la mejilla derecha, pasando por el cuello. Algo en el aire hacía que le picaran. Y era muy desagradable.

—Solo es un puto pájaro —gruñó.

Su voz era grave y estaba cargada de indignación. Hizo gestos a sus hombres para que siguieran el rastro que habían dejado las patéticas chicas.

—No os paréis; los caudillos las quieren de nuevo en el pueblo antes del amanecer.

El grupo gruñó en señal de asentimiento y fue tras él. Ninguno quería asumir el riesgo de molestar al viejo sargento, que podía ser cruel cuando era necesario. El rastro parecía llevar al único hito discernible en aquel pantano olvidado: las enormes ramas de un árbol muerto.

A los pocos minutos llegaron al pequeño claro, donde vieron al pájaro que antes había hecho que se detuvieran. Un cuervo posado en las ramas más elevadas del árbol saltaba y revoloteaba como si se estuviera mofando del sargento de rostro enrojecido.

El viejo bajó la mirada y se encontró una escena horripilante. Atravesó las raíces para examinar los cuerpos de las novias y maldijo entre dientes al comprender que estaban al borde de la muerte. Sus heridas eran demasiado graves, y el curandero se encontraba demasiado lejos de allí. No había considerado esta posibilidad. Apretó los dientes, frustrado. Aquello haría enfadar a los caudillos.

—Llegas tarde —dijo una voz débil entre las sombras.

El viejo sargento se volvió, y allí estaba Belith, apoyada en el gigantesco tronco del árbol.

—¡Tú! —exclamó—. ¿Qué has hecho?

AVANZÓ A GRANDES ZANCADAS ENTRE EL BARRO MANCHADO DE SANGRE. AL LLEGAR HASTA ELLA, LA AGARRÓ Y LE DIO UN TIRÓN PARA VERLA A LA LUZ DE LA LUNA. UN JADEO ESCAPÓ DE SUS LABIOS AL VER UNA LÍNEA CARMESÍ DE TRAZO IRREGULAR QUE RECORRÍA SU DELICADA GARGANTA. BELITH ESBOZÓ UNA SONRISA ENSANGRENTADA, BURLÁNDOSE DE SU TERROR.

Avanzó a grandes zancadas entre el barro manchado de sangre. Al llegar hasta ella, la agarró y le dio un tirón para verla a la luz de la luna. Un jadeo escapó de sus labios al ver una línea carmesí de trazo irregular que recorría su delicada garganta. Belith esbozó una sonrisa ensangrentada, burlándose de su terror.

—Ya no servimos al mismo amo —dijo con un susurro que al hombre le sonó como el estallido de un trueno—. Somos libres.

Con cada palabra que pronunciaba, el árbol se estremecía. Los hombres que tenía detrás gritaron al sentir que se estiraba y creía. Las ramas atravesaron el cielo con aterradora vivacidad mientras el bosque chillaba de agonía y gozo. Las ramas crecieron y se estiraron mientras las raíces desgarraban la tierra proyectando sombras sobre los soldados.

Belith rio al ver que los hombres retrocedían apiñados, pero el viejo sargento seguía sujetándola por los hombros. Estaba paralizado. No por el árbol, sino por el cuervo. El gran pájaro había añadido su penetrante graznido al atronador estallido de la madera que se agrietaba mientras el árbol se alzaba para cubrir la luna en abierto desafío al orden natural. El cuervo graznó de dolor y de éxtasis mientras sus delicados y huecos huesos se partían, se soldaban y volvían a romperse en un pavoroso renacimiento. Estiró las alas hacia el cielo formando un enorme dosel de ébano, grande como un águila. Jamás había existido un pájaro como aquel. Su mera existencia era inconcebible.

Entonces, el cuervo inclinó su gran cabeza y fijó un ojo dorado en el viejo sargento.

Era un ojo antiguo. Y sabio. Y estaba hambriento.

Los soldados huyeron del claro, perseguidos por las carcajadas del cuervo y de Belith.

En cuanto cayó la noche de nuevo sobre la aldea, cientos de personas se congregaron para presenciar el sacrificio. La multitud cuchicheaba sobre lo sucedido con aquellas mujeres egoístas que habían abandonado su deber y las siete desdichadas almas que habían tenido que reunir a última hora para cumplir con el sacrifico

de la noche. Las carretas y los puestos que acompañaban al festival de comida y música celebrado lo largo del día habían cerrado y presenciaban ahora en silencio lo que estaba por acontecer.

Los tres caudillos eternos e inmortales se encontraban sobre un estrado ubicado en el centro del patio de la mansión, teñido de rojo por la luz de un gran brasero. Sus armaduras estaban adornadas con gemas y metales preciosos, y mantenían los rostros intemporales ocultos a las masas bajo unos yelmos completos y emplumados. El viejo sargento se encontraba en un lateral de la plataforma, firme a pesar de los latigazos que había recibido, ocultos bajo la coraza.

Los caudillos hicieron un gesto, y se hizo el silencio sobre la muchedumbre mientras las mujeres avanzaban hacia el estrado. Dos soldados de armadura dorada, con el confalón de los caudillos, encabezaban la procesión de siete doncellas con velo.

El viejo sargento empezó a sentir un creciente picor en las cicatrices mientras observaba la procesión. Los siete latigazos de su espalda —uno por cada novia que había perdido en el pantano— le ardían a causa del sudor, pero no se atrevía a moverse durante la ceremonia. Apretó los dientes y observó a las mujeres mientras se colocaban en el estrado ante los caudillos, listas para ser inspeccionadas. Los caudillos comenzaron a hablar sobre la gran fortuna del pueblo y de cómo este sacrificio iba a saciar el hambre de la gran sierpe para otorgarle a la gente siete años más de esplendor.

Era un discurso que el viejo sargento ya había oído antes y en el que apenas podía concentrarse por culpa del malestar de sus heridas y el desagradable picor de sus cicatrices. Era un picor profundo e insidioso. Igual que cuando estaba...

No.

Uno de los caudillos dio un paso al frente para llegar a la doncella situada en el centro y le levantó el velo con la mano enguantada. El viejo sargento se abalanzó hacia delante, pero su grito de advertencia quedó ahogado por una nueva fanfarria de trompetas. ¿Qué era lo que le había dicho aquella desgraciada en la ciénaga?

Había llegado tarde.

Belith sonrió al caudillo bajo el velo levantado. Tenía una cicatriz limpia y blanca a lo largo de su garganta que palpitaba, desafiante.

—Os transmito los saludos del Árbol de los Susurros, mi señor —siseó—. ¿Soy un sacrificio adecuado?

El caudillo se detuvo, paralizado por los ojos de la joven.

—Qué pacto más astuto habéis hecho con el árbol —dijo Belith—. Siete cabezas a cambio de siete veranos más. Contadme: ¿os costó engañar a toda esta gente para que entregara su propia carne a cambio de vuestra longevidad? ¿O se volvió más fácil con el tiempo?

El caudillo retrocedió con un grito, pero no podía escapar del estrado; las siete novias estaban estrechando el círculo. Belith, ignorando sus chillidos, alargó el brazo y trazó el contorno del casco del caudillo con un dedo.

—Los idiotas a los que gobernáis creen que el oro y las gemas provienen de la riqueza de esta tierra. Pero la auténtica riqueza, una fortuna vasta e inconmensurable, está toda aquí.

Tocó la frente de su casco para darles más énfasis a sus palabras.

—La gran sierpe era la amenaza perfecta. Enemigos, aliados, las personas de este pueblo... Todos la temían. Nadie se atrevería a aventurarse por los pantanos para amenazaros. Nadie se atrevería a *irse*. Nadie encontraría el árbol y descubriría *lo que habéis... hecho.*

Súbitamente, Belith se volvió hacia el viejo sargento y le clavó una mirada furibunda mientras él cargaba hacia el estrado empuñando su arma. Se detuvo en medio de una zancada mientras Belith levantaba la barbilla y lo señalaba con la cabeza.

El corazón del soldado estalló en su pecho.

—Pero ahora *lo sabemos*.

Las demás novias se arrancaron el velo con un aullido. Las cicatrices de sus antebrazos estaban limpias y curadas. Se abalanzaron sobre los caudillos.

—Y hemos hecho nuestro propio pacto. Conocimiento prohibido, poder, libertad...

DURANTE GENERACIONES, LOS CAUDILLOS COMERCIARON CON LAS VIDAS DE VUESTRAS HIJAS PARA PROLONGAR LAS SUYAS. DURANTE GENERACIONES, VUESTROS ANTECESORES LO PERMITIERON. POR TODO LO QUE FUE ARREBATADO... DEBE HABER UNA COMPENSACIÓN.

Los habitantes del pueblo permanecieron en silencio mientras las mujeres vestidas de blanco abrían en canal las armaduras de los caudillos y los sacaban de su cáscara protectora para que se enfrentaran a la justicia.

—Y todo por un juramento para servir al árbol. Empezando con la devolución de tres cabezas *que ansía*.

Los caudillos no pidieron clemencia, y las novias tampoco la demostraron. Instantes después, los cuerpos inertes de sus antiguos señores yacían en un amasijo de metal retorcido, huesos y carne. Las novias, ahora con los blancos camisones manchados de tripas, se quedaron en silencio, mirando al acobardado público. Hubo un jadeo colectivo por parte de la muchedumbre cuando una sombra cayó sobre el estrado. Un cuervo de alas colosales que amenazaba con extinguir la luz de la luna volaba sobre ellos.

—Todos vosotros sois cómplices —dijo Belith con una voz suave que recorrió el patio como una proclama—. Durante generaciones, los caudillos comerciaron con las vidas de vuestras hijas para prolongar las suyas. Durante generaciones, vuestros antecesores lo permitieron. Por todo lo que fue arrebatado... debe haber una compensación.

El cuervo, en respuesta a sus palabras, cayó del cielo como una flecha para posarse en el cadáver de uno de los caudillos. Su enorme pico se clavó en su cuello y comenzó a desgarrar la carne. De las filas de la multitud escaparon gritos de miedo y palabras de negación e inocencia, pero todos ellos fueron silenciados de nuevo. En un mero instante, el cuervo había completado su tarea y alzaba el vuelo cargando con la cabeza del primer caudillo.

—Hicisteis oídos sordos a las súplicas de aquellas mujeres, que fueron sacrificadas para que pudierais vivir a la sombra de las riquezas de los caudillos —dijo Belith con voz atronadora.

Sus palabras se vieron secundadas por el penetrante graznido del regreso del cuervo, que se lanzó sobre otro cuerpo para cercenar los tendones del cuello del segundo caudillo.

Mientras el pájaro seguía con su tarea, Belith rebuscó en su camisón y sacó dos

puñados de incienso. Lanzó el polvo al brasero, y se formó ante ella una enorme nube. Entre volutas de humo, el cuervo se marchó con la segunda cabeza.

—Cuando el cuervo le entregue la tercera cabeza al árbol, *nuestro* pacto con él quedará sellado. El conocimiento que han reunido los caudillos a lo largo de sus vidas, su *deuda*, alimentará al Árbol de los Susurros en los años venideros. Pero *vuestra* deuda... —Belith retorció las manos en el humo del incienso como si quisiera impulsarlo hacia arriba, hacia el cielo—. Vuestra deuda, la deuda de sangre de vuestros antepasados, lleva mucho tiempo pendiente.

El cuervo regresó, reclamó la tercera cabeza y se alzó hacia el cielo. Una vez más, lanzó un graznido de protesta, pero, en esta ocasión, se oyó un gran estruendo como respuesta.

La gente comenzó a gritar mientras intentaba escapar en todas direcciones, formando una masa informe que se atropellaba y se deshacía presa del miedo. El resto de las novias se unió a Belith con las manos unidas en un semicírculo, igual que en el pantano cuando realizaron el juramento con el árbol.

Las siete novias de la sierpe hablaron al unísono:

—*Tomasteis una decisión.*

La tierra se desgarró y la roca estalló cuando la gran sierpe surgió de debajo de la mansión de los caudillos alzándose entre espirales tan gruesas como la antigüedad. Se quedó en el sitio, ondulante, mientras las novias se regocijaban con los gritos y se extasiaban con el terror de los habitantes del pueblo. Pero la gran sierpe permaneció allí, esperando y existiendo en un espacio más allá de la comprensión humana. Una poderosa magia la había invocado, pero su voluntad le pertenecía.

Las siete novias alzaron sus manos unidas hacia el cielo y entonaron un cántico conjunto por última vez, como un coro de liberación. Después de aquello, se despedirían. Buscarían su lugar en el pantano y cada una de ellas daría comienzo a su servicio al Árbol de los Susurros.

Se referirían a ellas con muchos nombres: desdichadas, curanderas, *anzehir*... Brujas. De aquel día en adelante, las novias y aquellos que siguieran sus pasos jamás se someterían a la decisión de un tercero.

—*Ahora soy libre para tomar la mía* —gritó Belith.

Con una certeza horripilante, la gran sierpe se abalanzó sobre el pueblo mientras el cuervo sobrevolaba los cielos y graznaba en señal de aprobación.

La aldea y sus caudillos fueron borrados de la historia..., y las brujas de Hawezar, nacidas de las cenizas y la sangre, tomaron su lugar.

Sobre el autor

David A. Rodriguez es director adjunto de narrativa y guionista en Blizzard Entertainment. Ha publicado novelas y novelas gráficas, y ahora mismo está trabajando en la reconocida franquicia de *Diablo IV*. Originario del sur de Chicago, se licenció en Bellas artes con una especialización en musicales en la universidad de Rockford y continúa con su misión de añadir números musicales a todos sus proyectos. A lo largo de su carrera ha trabajado en la franquicia de *Transformers: War for Cybertron* y en *Marvel: Ultimate Alliance 2*. Ha escrito cómics como *M.A.S.K.*, *Rising Sun* y *First Strike* de Hasbro. También ha tenido la suerte de combinar su pasión por los cómics y los juegos con el trabajo en franquicias tan monumentales como *Skylanders* y *Destiny 2*. En los últimos tiempos, ha trabajado como jefe de narrativa de la expansión *Vessel of Hatred* de *Diablo IV*.